



Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Generación tras generación, los habitantes de Mallard, un diminuto pueblo de Luisiana, han intentado aclarar el tono de su piel para erradicar la raza negra de su seno. Las inseparables gemelas Desirée y Stella Vignes, con su color níveo, sus ojos castaños y su cabello ondulado, son un buen ejemplo de ello. Tan distintas y tan iguales, en los años 50 decidieron huir con la intención de empezar de cero. Pero lejos de sus conflictivas raíces, los caminos de ambas no tardaron en divergir a partir de la toma de rumbos vitales opuestos, fuertemente marcados por maneras irreconciliables de entender su raza y su encaje en la sociedad.

Catorce años después de su marcha y ante la mirada atónita de todos, Desirée regresa a la casa familiar acompañada de una niña negra como el carbón y huyendo de un marido maltratador. Ya hace tiempo que desistió de localizar a Stella, la cual se ha mantenido firme en su decisión de poner tierra de por medio con su pasado y de renunciar definitivamente a sus orígenes. Poco sospecha Desirée que su

hermana ha ido hasta el extremo de construirse una nueva identidad como mujer blanca y madre de familia de clase acomodada. Nada sabrán la una de la otra hasta el día en que las vidas de sus respectivas hijas se entrelacen en los años 80.

La hija negra de Desirée será una mujer negra que intentará sacar adelante sus estudios de medicina y empezará una relación con un hombre trans que aún no ha hecho la transición de mujer a hombre. La hija de Stella, una belleza rubia que intentará triunfar, sin éxito, como actriz de musicales y series de televisión, acabará sufriendo una profunda crisis de identidad cuando la hija de Desirée aparezca en su vida y le cuente la verdad sobre el origen de su madre.

Así el destino les tiene guardada una vuelta de tuerca a las hermanas porque, por mucho que una se resista con toda su alma o acabe arrojando la toalla, siempre hay aspectos, como la sangre, el color de la piel, los lazos filiales o nuestra naturaleza profunda, de los que nos es completamente imposible desligarnos.

CLAVES DE LA NOVELA

Con apenas dos novelas, Brit Bennett se ha erigido no sólo en una de las autoras más agudas, inteligentes y talentosas a la hora de reflejar los conflictos individuales y sociales que genera la cuestión racial en Estados Unidos, sino en una voz pública tan respetada como admirada por su espíritu comprometido, cuyos intereses se extienden a los derechos de la mujer y la libertad sexual. Todo un fenóme-

no literario y social. Tanto en su ópera prima, *The Mothers* (2016), centrada en una comunidad afroamericana vinculada a una iglesia del sur de California, como en *La mitad evanescente*, ha buscado interrogarse acerca de las dificultades de los jóvenes de raza negra por adaptarse a un mundo que con frecuencia los rechaza o pone trabas a su desarrollo en diversos ámbitos.

Ya con anterioridad, concretamente en el año 2014, cuando el movimiento «Black Lives Matter» cobraba impulso tras el asesinato de Michael Brown en Ferguson (Missouri), Bennett firmó un ensayo, titulado *I Don't Know What to Do With Good White People (No sé qué hacer con la buena gente de raza blanca)*, que generó un enorme impacto al abordar, en clave personal, las dificultades de una persona de color al cruzarse con blancos que muestran actitudes racistas pese a proclamar su intención de ayudar a individuos de otras razas. En una entrevista, concedida tiempo después, declararía que «arraiga el sentimiento de que estamos atrapados en un bucle infinito compuesto de muertes de afroamericanos que dan pie a protestas sonadas que luego activan llamadas tenues a la unidad... y vuelta a empezar».

La mitad evanescente aterriza en un momento de mayor visibilidad de este círculo vicioso para abordar la división racial en el país desde la óptica de la gran literatura, recurriendo a la historia de una familia durante tres generaciones y cinco décadas, al tiempo que, despliega un fascinante retrato de la evolución de la sociedad estadounidense en cuanto a derechos civiles, diversidad e identidad racial y de género. A la hora de enfrentarse a tan ambiciosos marcos, Bennett pone el foco en el individuo, en sus difíciles decisiones y el peaje emocional que

acarrear, indagando en los muros que cada cual decide construir (o destruir) ante el abuso y la intolerancia.

La novela quizá sea, por encima de todo, una exploración de la complejidad y el misterio que supone la identidad, entendiendo por ésta no sólo la piel sino también las preferencias sexuales. ¿Quiénes somos de verdad? ¿Hasta dónde nos definen las visiones y opiniones ajenas? ¿Qué posibilidades reales tenemos de reinventarnos? ¿Qué no podremos jamás dejar atrás? Por medio del seguimiento de los divergentes caminos vitales de dos hermanas que han respondido de forma radicalmente distinta al desprecio y las limitaciones impuestas a las de su color de piel —Desirée aceptando siempre su raza y reconciliándose con su lugar de nacimiento, a la vez que cortando amarrazas con un marido abusador; Stella, simulando ser blanca y medrando en los círculos privilegiados de California, al tiempo que aceptando que su marido limite sus ambiciones profesionales—, y atendiendo los efectos indelebles de todo ello sobre sus respectivas hijas, Brit Bennett ha alumbrado una novela que invita a la reflexión en la misma medida que conmueve. Un canto a la aceptación individual, al respeto al diferente y al derecho a tomar las riendas de nuestras vidas, al tiempo que una llamada a la concordia racial y una reivindicación de los derechos del colectivo LGTBIQ.

PERSONAJES PRINCIPALES

Cuatro mujeres llevan las riendas de una novela muy coral. Las gemelas Vignes, Desirée y Stella, con sus decisiones, personalidades y caminos vitales antagónicos, son el origen de un fresco humano en el que también destacan sus hijas respectivas, Jude y Kennedy, profundamente marcadas por los secretos familiares heredados.

DESIRÉE: «Marcharse de Mallard fue idea de Desirée, pero quedarse en Nueva Orleans fue cosa de Stella, y durante años Desirée se preguntaría por qué. Nada más llegar a la ciudad, las gemelas encontraron un trabajo juntas en la sala de escurridores de la lavandería Dixie, donde doblaban sábanas y fundas de almohada por dos dólares al día. Al principio, el olor a ropa limpia le recordaba tanto a Desirée su casa que casi lloraba. El resto de la ciudad era inmundo: adoquines salpicados de orina, cubos de basura a rebosar en las calles, e incluso el agua potable tenía un sabor metálico. Era por el río Mississippi, decía Mae, su supervisora de turno. A saber qué le echarán. Había nacido y se había criado en Kenner, no muy lejos de la ciudad, así que le divirtió ver la desconcertante llegada de las gemelas. Cuando aparecieron una mañana en la lavandería Dixie —sin aliento y con retraso porque el conductor del tranvía, irritado, las dejó plantadas en la acera buscando unas monedas sueltas—, Mae se compadeció de esas pobres chicas de pueblo. Las contrató en el acto, pese a ser menores de edad. “Las que os jugáis el pellejo sois vosotras, no yo”, decía. Cuando se presentaban los inspectores, siempre por sorpresa, hacía sonar cuatro veces la campanilla del almuerzo y las otras chicas de la lavandería se reían mientras las gemelas corrían como flechas a esconderse en el cuarto de baño hasta que la inspección terminaba. Más adelante, Desirée, al pensar en la lavandería Dixie, solo se recordaba a sí misma subida a la tapa del inodoro, en equilibrio, apretada contra la espalda de Stella. Le horrorizaba trabajar así, siempre mirando por encima del hombro, pero ¿qué otra cosa podía hacer? “Me da igual cuántas veces tenga que subirme a un váter —decía—. No pienso volver a Mallard”. En su obstinación, era muy capaz de hacer declaraciones como esa. La verdad era que no estaba tan convencida. Aún se sentía cul-

pable por haber abandonado a su madre. Stella decía a Desirée que ya se le pasaría: cuando encontrarán trabajos mejores, empezarán a mandar dinero a casa, y su madre entendería que su marcha había sido un acto de bondad. Por un momento, esa idea atenuó su sentimiento de culpabilidad, y Desirée experimentó tal alivio que ni siquiera le extrañó que la Stella que ella se había llevado a rastras a Nueva Orleans pareciera decidida a quedarse.»

STELLA: «Eso era la comodidad: una mañana flotando lánguidamente en una piscina, una casa de dos plantas donde los armarios de la cocina estaban siempre llenos a rebosar de comida, un baúl repleto de juguetes para su hija, una estantería que contenía toda una enciclopedia. Eso era la comodidad, no carecer ya de nada.

Empezaba a adormecerse en la calima de media mañana, amodorrada por la ginebra, así que se obligó a salir de la piscina. Cuando entró descalza en la cocina, todavía chorreante, Yolanda apartó la vista de los muebles del comedor a los que estaba quitando el polvo. Aún tenía los pies mojados, y se dio cuenta, un instante demasiado tarde, de que Yolanda ya había pasado la fregona.

—Perdona —dijo—. Fíjate, te estoy ensuciando el suelo.

A veces aún hablaba así a Yolanda, como si Stella estuviera en su casa, y no al revés. Yolanda se limitó a sonreír.

—No se preocupe, señora —dijo—. Aquí tiene su té.

Stella tomó un sorbo de té dulce, colgando la toalla flácidamente en torno a sus hombros, mientras se encaminaba hacia la ducha. Al menos, había pensado en un primer momento, la piscina le serviría para hacer ejercicio. Pero la mayoría de las mañanas no nadaba ni una brazada, solo flotaba en la colchoneta. En las mejores mañanas, flotaba con un cóctel, que bebía lentamente mientras iba a la deriva bajo el sol del amanecer. Se le antojaba deliciosamente incorrecto disfrutar de una copa tan temprano, pero a la vez era lamentable que aquello pasara por excitación. Sus días se fundían en una interminable sucesión, reflejo unos de otros, como si estuvieran atrapados en una sala de espejos igual que una a la que Desirée la llevó una vez en una feria. Tan pronto como entraron, Desirée se escabulló, y Stella la llamó desesperada. En cierto momento vio a Desirée a sus espaldas, pero cuando se volvió, allí no había nadie. Solo veía el extraño reflejo de su propia cara.

Ahora la vida parecía eso, duplicándose sus días uno tras otro, pero ¿cómo iba a quejarse? Y menos a Blake, que tanto se había esforzado en Nueva Orleans y Boston, hasta captar la atención de una empresa de Los Ángeles, nada menos, un importante mercado internacional. Trabajaba horas y horas, viajaba incesantemente, examinaba gráficos de colores en la cama hasta dormirse. Probablemente a él los días de Stella le parecían un sueño, y más se lo parecerían si supiese lo poco que ella hacía realmente. Que la mayoría de las veces las tartas que ella glaseaba cuando él llegaba a casa habían salido de una caja, que las sábanas entre las que él

se acostaba por la noche las lavaba Yolanda, que en ocasiones daba la impresión de que incluso la vida de su hija era uno de los ámbitos de los quehaceres domésticos que había delegado en otra persona.»

JUDE. HIJA DE DESIRÉE: «Durante el resto de noviembre, Jude Winston trabajó en las sesiones de *The Midnight Marauders*. Rellenaba las máquinas de palomitas de maíz, distribuía los programas en la puerta, ayudaba a las ancianas a encontrar sus localidades. Por la noche, se dormía oyendo aún la obertura. Cerraba los ojos y veía a Kennedy en el centro del escenario, resplandeciente bajo la luz de los focos. No podían ser primas. Cada vez que esa chica rubia entraba majestuosamente en el teatro, su rostro oculto tras unas gafas de sol, la idea le resultaba incluso más absurda. Un pariente perdido hacía mucho tiempo: ¿no debería tener algo en común con ella? Tal vez uno al principio no lo detectaba, pero con el tiempo percibiría de algún modo esa misma sangre. Pero cuanto más tiempo pasaba cerca de Kennedy, más ajena le parecía.

Un viernes por la noche, el elenco salió a tomar una copa antes de retirarse. Barry tiró del brazo de Jude para convencerla de que los acompañara, pero antes de que ella tuviera ocasión de contestarle que estaba agotada, Kennedy apareció de pronto a su lado. Así que naturalmente los acompañó. A ella nunca le decía que no. Buscaba su presencia con desesperación. La obra pronto dejaría de representarse y apenas había averiguado nada sobre Stella. En el bar en penumbra, el pianista encontró un polvoriento piano vertical al fondo y empezó a tocar unos acordes. Poco a poco, los miembros de la compañía se desplazaron hacia allí, un poco achispados y todavía deseosos de actuar. Pero Kennedy se sentó con Jude en el extremo de la gastada mesa, rozándose las rodillas de ambas.

—No tienes muchas amigas como yo, ¿verdad? —preguntó Kennedy.

—¿Qué quieres decir?

Se refería a personas blancas, probablemente, pero, para sorpresa de Jude, Kennedy contestó:

—Chicas. Cuando te vi, ibas con una pandilla de chicos.

—No —dijo Jude—. La verdad es que no tengo ninguna amiga.

—¿Por qué no?

—No lo sé. En realidad, ya no tenía amigas de niña. Es por el sitio de donde soy. Allí no les gusta la gente como yo.

—Los negros, quieres decir.

—De piel oscura —corrigió ella—. Con los de piel clara no tienen inconveniente.

Kennedy se echó a reír.

—Vaya tontería.

Las dos consideraban inescrutables sus respectivas vidas, ¿y acaso podía ser de otro modo? ¿No se preguntaba Jude cómo sería eso de vivir sin tener que preocu-

parse por su educación, saber que, incluso si ocurría lo peor, saldría adelante? ¿No detestaba los estridentes chirridos de punk rock procedentes de los altavoces cuando Kennedy entraba en el aparcamiento? Sí, y alzaba la vista al techo cada vez que Kennedy llegaba tarde. Le molestaba que Kennedy le pidiera té con limón. Se ponía a la defensiva cuando Barry la llamaba niña mimada pese a que lo era, claro que lo era. A veces esa chica era exasperante, pero tal vez Jude habría sido así si su madre no se hubiera casado con un hombre de piel oscura. En otra vida, las gemelas se hacían pasar las dos por blancas. Su madre se casaba con un hombre blanco y ahora se despojaba de abrigos de visón en fiestas elegantes, no atendía mesas en una cafetería de pueblo. En esa realidad, Jude tenía la piel clara y era hermosa, conducía un Camaro rojo por Brentwood, sacando la mano por la ventanilla. Cada noche se pavoneaba en el escenario, radiante, echaba atrás su melena dorada mientras el mundo aplaudía.»

KENNEDY. HIJA DE STELLA: «A principios de la década de 1990, empezó a tener serias dificultades para conseguir trabajos de interpretación. Ningún director necesitaba a una rubia de más de treinta años que aún no se había consolidado como estrella. Interpretó unos cuantos papeles de hermana mayor en un puñado de series de televisión, luego a un par de maestras, y después su agente dejó de llamarla. Se sentía demasiado joven para el declive, pero había que reconocer que antes la había favorecido una inverosímil racha de buena suerte. A decir verdad, toda su vida había sido un regalo de la fortuna: se le había concedido una piel blanca. Cabello rubio, una cara bonita, buen tipo, un padre rico. Se había librado de multas por exceso de velocidad a base de sollozos, había accedido a innumerables segundas oportunidades mediante el coqueteo. Su vida entera, un conjunto de pródigos dones que no había merecido.

Durante dos años fue instructora de spinning, y el gimnasio colocaba fotos de Charity Harris en el folleto para atraer a los clientes. Pero se cansó de sudar a todas horas, de las contracturas y los calambres en las piernas, así que, en 1996, decidió por fin volver a estudiar. No a estudiar realmente, decía a todo el mundo, riéndose ante la idea, sino a hacer un curso de agente inmobiliario. Había vendido productos patéticos en anuncios de la televisión en horario diurno durante años, ¿por qué no iba a poder vender una casa? En su primer día, sentada incómoda en el pequeño pupitre, fijó la mirada en el impreso que el profesor repartía fila por fila.

Qué valoran los clientes en un agente inmobiliario:

- Sinceridad
- Conocimiento del mercado de bienes raíces
- Capacidad de negociación

Podía aprender casi todo eso, se dijo, excepto lo primero de la lista. Había estado actuando durante toda su vida, lo que significaba que era la mejor mentirosa que conocía. Bueno, la segunda mejor.»

FRAGMENTOS

EL COLOR DE LA PIEL

«Así pues, una tarde la invitó a ir a Opelousas. Tenía que hacer repartos y pensó que a lo mejor a ella le apetecía salir del pueblo un rato. Le dio cinco centavos para comprarse una Coca-Cola, y cuando él terminó de descargar, la encontró de pie junto a la furgoneta, sin aliento y enrojecida. Había entrado en una tienda llamada Darlene's Charms, donde la dependienta la confundió con una blanca.

—¿No es gracioso? —había dicho ella—. ¡Vaya con los blancos, qué fácil es engañarlos! Como todo el mundo dice.

—Con eso no se juega —advirtió él—. Hacerse pasar por blanco es peligroso.

—Pero los blancos no se dan cuenta —insistió ella—. Fíjate en ti: eres tan pelirrojo como el padre Cavanaugh. ¿Cómo es que a él se lo considera blanco y a ti no?

—Porque él *es* blanco —afirmó Willie Lee—. Y yo no quiero serlo.

—Bueno, yo tampoco —dijo ella—. Solo pretendía echar un vistazo en esa tienda. No se lo dirás a mamá, ¿verdad?

En Mallard, uno se criaba oyendo anécdotas de gente que se había hecho pasar por blanca. A Warren Fontenot, cuando viajaba en un vagón destinado a los blancos de un tren, lo interrogó un revisor receloso, y él habló en francés para convencerlo de que era un europeo moreno; Marlena Goudeau se convirtió

en blanca para obtener el certificado de docencia; a Luther Thibodeaux su capataz lo inscribió como blanco y le aumentó la paga. Hacerse pasar por blanco, durante un rato, era divertido. Incluso heroico. ¿Quién no quería, para variar, pasar por encima de los blancos? Pero los *passe blanc* eran un misterio. No se sabía de nadie que se hubiera hecho pasar por blanco permanentemente sin ser detectado, del mismo modo que no se conocía a nadie que hubiera simulado con éxito su propia muerte; el engaño solo podía surtir efecto si nadie descubría jamás que era una estratagema. Desirée solo conocía los fracasos: aquellos que habían sentido añoranza, o habían sido sorprendidos o se habían cansado de fingir. Pero, por lo que Desirée sabía, ahora Stella llevaba ya media vida haciéndose pasar por blanca, y tal vez, si una actuaba durante tanto tiempo, al final lo que hacía ya no era actuar. Quizá con el tiempo te volvías blanca a fuerza de fingir serlo.»

VIOLENCIA RACIAL

«Cuatro hijos varones Vignes, todos muertos antes de los treinta años. El mayor se desplomó en una cuerda de presos a causa de un golpe de calor; el segundo fue gaseado en una trinchera belga; el tercero fue apuñalado en una

reyerta de bar; y el menor, Leon Vignes, fue linchado dos veces, la primera en casa mientras sus hijas gemelas miraban a través de una grieta en la puerta del armario, tapándose la boca con las manos mutuamente hasta que las palmas se les humedecieron de saliva. Esa noche, mientras Leon tallaba la pata de una mesa, cinco blancos echaron abajo la puerta de la casa y lo sacaron a rastras. Cayó de bruces violentamente y se le llenó la boca de tierra y sangre. El cabecilla de la turba —un blanco alto de cabello rojo dorado como una manzana de otoño— agitó un papel arrugado en el que, según él, Leon había escrito palabras soeces a una mujer blanca. Leon no sabía leer ni escribir —sus clientes sabían que firmaba siempre con una X—, pero los blancos le pisotearon las manos, le rompieron todos los dedos y las articulaciones; después le dispararon cuatro veces. Sobrevivió, y tres días más tarde los blancos irrumpieron en el hospital y recorrieron todas las salas del pabellón de personas de color hasta encontrarlo. Esta vez le dispararon dos veces en la cabeza, propagándose la mancha roja por la funda de algodón de la almohada.»

EL SOMETIMIENTO FEMENINO

«—Quizá lo que pasa es que estás disgustada contigo misma —observó Peg.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

—Llevas años hablando del posgrado, y al final nada.

—Sí, pero... —Stella se interrumpió.

Ese era otro asunto totalmente distinto. Cada vez que hablaba con Blake so-

bre la posibilidad de solicitar plaza en un curso de posgrado, él reaccionaba de manera tan infantil como ella preveía. ¿Estudiar más? Por Dios, Stella, ¿hasta cuándo piensas seguir estudiando? La acusaba de abandonar a la familia, Stella lo acusaba de abandonarla a ella, los dos se dormían enfadados.

—A ver, está claro que tu marido cree que aún puede mangonearte —dijo Peg—. Lo asustas. Una mujer con cerebro. Nada los asusta más.

—No sé si eso es verdad —contestó Stella.

Blake seguía siendo su marido; no le gustaba oír a nadie hablar de sus defectos.

—Solo digo que todo es una cuestión de poder —aclaró Peg—. Él lo quiere, y no quiere que lo tengas tú. ¿Por qué te crees que los hombres se follan a sus secretarías?

Una vez más lamentó haber contado a Peg cómo se habían conocido Blake y ella. Su historia, romántica por entonces, pasó a ser con los años cada vez más vulgar. Ella era joven, de la edad que ahora tenía su hija; nunca había conocido a un hombre como Blake. Lógicamente fue incapaz de resistirse. La primera vez que se acostaron, ella solo tenía diecinueve años, y había acompañado a Blake en un viaje de trabajo a Filadelfia. Para entonces, había descubierto que ser una secretaria era un poco como ser una esposa; memorizaba su agenda, colgaba su sombrero y su abrigo, le servía whisky. Le llevaba el almuerzo, soportaba sus humores, lo escuchaba quejarse de su padre, le recordaba que enviase flores a su madre por su cumpleaños. Para eso la había invitado a Filadelfia, se dijo Stella, hasta la última

noche del viaje, cuando él se inclinó hacia ella en el bar del hotel y la besó.»

LA TRANSICIÓN

«En la carretera de El Dorado, Therese Anne Carter se convirtió en Reese.

En Plano, se cortó el pelo a trasquilones en el cuarto de baño de una parada de camiones con una navaja robada. En las afueras de Abilene, compró una camisa azul de madrás y un cinturón de cuero con la hebilla de plata en forma de corcel; la camisa la llevaba aún, la hebilla la había empeñado no sin pesar en El Paso al acabársele el dinero, pero aún sentía su peso en la cintura. En Socorro, empezó a envolverse el pecho con una venda blanca, y al llegar a Las Cruces, había aprendido a andar de nuevo, las piernas separadas, los hombros rectos. Se dijo que así era más seguro hacer autostop, pero la verdad era que él siempre había sido Reese. Al llegar a Tucson, lo que le parecía un disfraz era Therese. ¿Hasta qué punto era real una persona si uno podía despojarse de ella en mil quinientos kilómetros?

En Los Ángeles, encontró trabajo limpiando un gimnasio cerca de UCLA. Allí conoció a culturistas que le dijeron dónde conseguir buen material. En Muscle Beach, vagó entre la multitud mientras hombres musculosos en camisetas sin mangas se pavoneaban bajo el sol de la tarde. Pregunta por Thad, dijo alguien, y allí estaba ese Thad, un hombre gigantesco, sin pelo excepto por una barba rala. Cuando por fin Reese hizo acopio de valor, Thad lo apartó con una de sus grandes zarpas.

—Chico, vuelve aquí con cincuenta dólares —dijo—. Entonces tendremos algo de qué hablar.

Durante todo el mes Reese recortó gastos y ahorró hasta reunir el dinero. Entonces fue en busca de Thad y lo encontró en un bar junto al paseo entarimado. Thad lo guio al lavabo de hombres y sacó un vial.

—¿Te has chutado alguna vez? —preguntó.

Reese negó con la cabeza, mirando la aguja con los ojos muy abiertos. Thad se rio.

—Por Dios, chaval, ¿qué edad tienes?

—Edad suficiente —respondió Reese.

—Con esta mierda no se juega —advirtió Thad—. Te sentirás distinto. Tendrás más lentos los espermatozoides. Pero supongo que esas cosas todavía no te preocupan.

—No —contestó Reese, y Thad le enseñó cómo hacerlo.

Desde entonces había comprado muchos esteroides a muchos Thads, y la transacción se le antojó siempre tan sucia como cuando estuvo por primera vez en el cuarto de baño mugriento de aquel bar. Se reunió con zoquetes en callejones oscuros, notó los viales presionándole la palma cuando aquellos le estrechaban la mano, encontró bolsas de papel sin ningún distintivo en su taquilla del gimnasio. Ahora, pasados siete años, Therese Anne Carter era solo un nombre en una partida de nacimiento en el registro de Union County. Nadie adivinaría que él había sido en otro tiempo ella, y a veces a él mismo le costaba creerlo.»

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. La novela arranca con el regreso de Desirée a Mallard y sólo luego procede a explicarnos la infancia y juventud de las gemelas. ¿A qué achacáis esta decisión?
2. «Uno puede escapar de un pueblo pero no puede escapar de la sangre», leemos en las primeras páginas. ¿Estáis de acuerdo con esta frase? ¿Creéis que la autora pretendía avanzar de forma tan temprana uno de los mensajes que se desprenden de la lectura completa de la obra?
3. En 2014 Bennett firmó un ensayo, *No sé qué hacer con la buena gente de raza blanca*, donde explicaba, en clave personal, las dificultades de una persona de color al cruzarse con blancos que muestran actitudes racistas pese a proclamar su intención de ayudar a individuos de otras razas. ¿Cómo diríais que, años después, modeló este tema en *La mitad evanescente* a través de la comunidad de vecinos de Stella en Los Ángeles?
4. Uno de los puntos fuertes del libro es la fluidez narrativa que la autora imprime a la historia. ¿Qué recursos destacaríais a la hora de conseguir tal dinamismo?
5. ¿Cómo diríais que Bennett consigue que conectemos emocionalmente y comprendamos a las cuatro mujeres que protagonizan el relato, pese a que no siempre las retrate bajo una luz amable?
6. La novela abarca cinco décadas. ¿Cuáles creéis que son los principales desafíos que se le presentaron a la escritora con un marco temporal tan amplio? ¿Diríais que la novela refleja cambios profundos en la sociedad estadounidense o la sensación predominante es que se perpetúan determinadas lacras?
7. La denuncia de la violencia contra las mujeres y las trabas a su desarrollo personal y profesional está presente en varios momentos del libro y las protagonistas, pese a sus sombras y dudas, acaban demostrando andar sobradas de recursos. ¿Nos permite todo esto concluir que la novela tiene un ángulo feminista muy marcado?

8. ¿Cómo enfoca Bennett el tema de la transexualidad y de la libertad sexual en general a través de la figura de Reese?
9. ¿Qué ideas circulan en la novela sobre el matrimonio a partir de las experiencias de las gemelas?
10. ¿Hasta qué extremos diríais que Jude y Kennedy son fruto de la educación y los valores recibidos en casa? ¿Qué nos dicen sus respectivas personalidades sobre las relaciones maternofiliales?
11. Una vez cerrado el libro, ¿cómo pensáis que se ha tratado el asunto de la identidad? ¿Diríais que ha podido expandir vuestra concepción de la misma?
12. ¿Qué tipo de respuestas creéis que el libro ofrece a cuestiones tan complejas como las siguientes?:
 - ¿*Quiénes somos de verdad?*
 - ¿*Hasta dónde nos definen las visiones y opiniones ajenas?*
 - ¿*Qué posibilidades reales tenemos de reinventarnos?*
 - ¿*Qué no podremos jamás dejar atrás?*
13. Brit Bennett ha sido comparada con figuras literarias afroamericanas como Toni Morrison o James Baldwin. ¿Qué creéis que su mirada puede aportar de único a la cuestión racial?
14. *La mitad evanescente* aterriza en un momento de especial visibilidad de la división racial en el país y los abusos contra la población afroamericana. Argumentad los pros y contras de una hipotética medida para convertirla en lectura obligatoria en colegios e institutos.
15. *La mitad evanescente* entró directamente en el número uno en la lista de los libros más vendidos del diario *The New York Times*. ¿Qué nos dice esto sobre el clima literario y el momento editorial en Estados Unidos?
16. Ante la noticia de que la cadena HBO estrenará próximamente una mini serie basada en la novela, ¿qué sacrificios pensáis que implicará el salto de la historia a imágenes y qué aspectos, por el contrario, quedarán reforzados?

LA AUTORA



© Emma Trim

BRIT BENNETT (Oceanside, California, 1990) se graduó en la Universidad de Stanford y obtuvo el Máster en Bellas Artes por parte de la Universidad de Michigan, donde fue galardonada con varios premios por sus escritos. Su primera novela, *Las madres* (publicada en español solo en México y con traducción de Fernanda Melchor), fue una auténtica revelación en Estados Unidos y en Francia. Estuvo galardonada con el National

Book Award 5 under 35 y, en Francia, fue finalista al Goncourt y al Médicis y ganó el premio Lire a la mejor novela extranjera. Sus escritos han aparecido en *The Paris Review Daily*, *The New York Times*, *The NYT Magazine* y *The New Yorker*. Con *La mitad evanescente*, su segunda novela, la crítica y el público han sido unánimes, y se ha colocado en los primeros puestos de la lista de los más vendidos.

DECLARACIONES DE LA AUTORA

«Creo que la idea de gozo es sumamente valiosa e importante en estos momentos, cuando atravesamos una pandemia que ha resultado traumática para muchísimas personas. A esto se suma que llevamos décadas asistiendo a muestras constantes de violencia policial y a manifestaciones, sólo que ahora parecen ocupar más el primer plano de la actualidad. *La mitad evanescente* llega en medio de este contexto y espero sinceramente que su lectura suponga una fuente de placer, que permita a los lectores sumergirse en algo que desvíe su atención de los noticiarios que nos suministran sin descanso hechos espantosos. Mi intención iba mucho más allá de escribir una novela que reflejara el dolor de la comunidad negra, aspirando a hablar del amor y de las formas de liberación que tenemos a nuestro alcance, de cómo hallar la libertad en medio de situaciones muy difíciles.»

«Mi interés en ambientar buena parte de la novela en Mallard nace del hecho de que mi madre creciera en un pueblecito de Louisiana, mientras que mi padre tuvo unos orígenes completamente opuestos al hacer lo propio en Los Ángeles. Aunque ambos vinieron al mundo en el seno de familias de escasos recursos económicos, esta brecha campo-ciudad provocó que pasaran por experiencias muy distintas ligadas al color de su piel.»

Quizá mi escritura estuviera influenciada por este ascendente familiar, o quizá fuera el hecho de crecer yo misma en un entorno algo asfixiante, pero el caso es que la tentación de explorar las posibilidades de una comunidad cerrada devino irresistible.»

«Experimentar el impacto de la Covid-19 en Nueva York varió dramáticamente dependiendo de tu código postal. Los negros, los latinos, los pobres y todos aquellos que, al contrario que yo, no pudieron permitirse el lujo de trabajar desde casa, se vieron afectados y murieron en cifras comparativamente desproporcionadas. Y el fenómeno sigue produciéndose, por descontado. Vivimos en tres niveles que se superponen los unos a los otros. La pandemia global tiene unos efectos raciales descomunales por culpa de factores que trascienden por mucho lo meramente socioeconómico. Encima de todo esto, asistimos a otra crisis sanitaria de orden público que es la violencia policial. Contar esto no es lo mismo que protestar contra la imposibilidad de ir a la peluquería. Estas protestas atañen a la vida, se dirigen a mantener con vida a las personas. Cuando recuerde todas estas historias las pensaré como un fenómeno íntimamente interconectado.»

(Declaraciones extraídas de una entrevista concedida a la revista *Vanity Fair*)

